

## LA POLEMICA ANTIDIALECTICA DE ALONSO DE HERRERA Y LUIS VIVES, AYER Y HOY

La Dialéctica escolástica medieval se desarrolla como un cuerpo doctrinal orgánico y coherente desde comienzos del siglo XII hasta fines del XIV y continúa cultivándose posteriormente a lo largo de dos siglos sin adquirir, posiblemente, adiciones nuevas esenciales. Al filo del siglo XVI recibe, no obstante, un impulso renovado a través del grupo de maestros parisienses que forman la *Escuela hispano-escocesa de Monteaigudo*. La revolución intelectual del siglo XII y la institución ulterior de las Universidades transforman sustancialmente el esquema tradicional de las *artes liberales*, y de manera especial la estructura y función de la Dialéctica en el cuadro conjunto del saber. A mediados del siglo XIII Santo Tomás afirma que las *artes liberales* no constituyen una división adecuada del saber o filosofía teórica<sup>1</sup>, a manera de constatación *post factum* de las modificaciones ocurridas a lo largo del siglo XII, cuyas características básicas habían sido formuladas con precisión por Juan de Salisbury: «todo se hacía nuevo; se innovaba la gramática, se transformaba la dialéctica, se despreciaba la retórica; y del seno mismo de la filosofía sacaban nuevas vías para el cuadrivio, después de haber eliminado las reglas anteriores»<sup>2</sup>.

La nueva Dialéctica cobra preponderancia especial como ciencia autónoma en las Facultades de Artes de París y de Oxford y recibe muy pronto el nombre de *Lógica moderna*, en contraposición a la *Lógica antigua*, poniendo así de relieve las diferencias no sólo con la Dialéctica del trívio tradicional, sino también con respecto a la Lógica del Organon aristotélico. Posteriormente se denominaba también *Lógica nominalista o terminista*.

La nueva Dialéctica sigue una metodología estrictamente formal y se concentra en el análisis de la palabra o término en su doble dimensión de elemento significativo y de parte integrante de la proposición. Los tratados escolásticos sobre las *propiedades de los términos* y la estructura significativa de las proposiciones contienen algunas de las aportaciones más importantes y decisivas de la Lógica medieval para el desarrollo ulterior del pensamiento moderno.

Los dialécticos modernos distinguen netamente entre significado y contenido significativo y consideran el estudio del significado, indepen-

1 Santo Tomás, *In Boethium De Trinitate*, q. 5, a. 1, ad 1; ad 3.

2 Juan de Salisbury, *Metalogicon*, I, 3-4.

dientemente del contenido, como el campo propio de la Lógica. De esta manera llevan a cabo una disociación en el binomio tradicional de «las palabras y las cosas» (*verba et res*), y con ello la superación del realismo aristotélico, que establece una correlación isomórfica entre pensamiento —palabras— cosas u objetos reales. La metodología formal de la nueva Dialéctica es aplicable, sin embargo, tanto al campo del discurso verbal como a la esfera del discurso mental, y su influjo se extiende muy pronto a otras disciplinas, particularmente la Física, y a las demás Facultades universitarias, especialmente la Facultad de Medicina. Ello no ha de sorprender, si recordamos la afirmación del físico y entrañable amigo de Einstein Philipp Frank, según el cual «la relatividad del tiempo de Einstein es una reforma en la semántica, no en la Metafísica»<sup>3</sup>.

La difusión de los escritos de los lógicos modernos da origen a polémicas apasionadas, dentro y fuera de la Escuela, y a severas prohibiciones, repetidas intermitentemente, por parte de las autoridades académicas, eclesiásticas y estatales. Dentro del círculo escolástico universitario la oposición cobra forma académica en la controversia entre *Nominales* o nominalistas y *Reales*, designaciones equivalentes a *modernos* y *antiguos*, respectivamente, y cuyo contenido abarca tanto la doctrina lógica como su método. Las Universidades establecen ocasionalmente cátedras «por la orden de los Nominales», o de la vía moderna, y de los Reales, en Lógica y en otras disciplinas fuera de la Facultad de Artes, particularmente la de Teología<sup>4</sup>. La reacción más consistente halla, sin embargo, una forma definida en el movimiento que posteriormente recibirá el nombre de *Humanismo*, cuyos motivos directrices se transmiten con escasas variantes a lo largo de varias generaciones.

Petrarca es uno de los primeros en tomar postura ante el nuevo desarrollo intelectual y en formular con respecto a la nueva Dialéctica las acusaciones de *inanidad* y *barbarie*, que serán tópicos preferidos de la literatura humanista en los siglos siguientes. Petrarca contrapone agudamente la «sabiduría áurea» de los antiguos y la «vana ciencia» de los lógicos modernos, «que pasan toda su vida en disputas y cavilaciones dialécticas y se dedican al cultivo de cuestiúnculas inanes»<sup>5</sup>. El hecho de que Petrarca considera lo que denomina «peste dialéctica» nacida en Inglaterra<sup>6</sup> reaviva e intensifica enormemente la vieja contraposición entre *Roma* y las *barbaras naciones* y alimenta en algunos humanistas italianos un cierto sentimiento de aversión hacia los llamados *barbari britanni*. A comienzos del xv Leonardo Bruni se pregunta si hay algo en la Dialéctica que no haya sido perturbado por los sofismas británicos y no duda en expresar su disgusto ante el horrendo

3 Cf. B. L. Whorf, *Sprache, Denken, Wirklichkeit* (Hamburg 1963) p. 141; Philip Frank, *Modern Science and its Philosophy* (Collier, New York 1961) 18, pp. 277-92.

4 *Historia de la Universidad de Salamanca* hecha por el Maestro Pedro Chacón, en *Semanario erudito* que comprende varias obras inéditas, críticas, morales e instructivas ... de nuestros mejores autores antiguos y modernos, publicados por D. Antonio Valladares de Sotomayor (Blas Román editor, Madrid 1789) t. 18.

5 Petrarca, *Familiares*, ed. V. Rossi (Florencia 1933) I, 2, pp. 9-18.

6 *Op. cit.*, pp. 7.36.

sonido de los nombres ingleses. Este horror fonético parece, no obstante, justificado, y por otra parte, es vehiculo expresivo de la barbarie, pues, como afirma Bruni, «los nombres corresponden a las cosas» (*nomina sunt consequentia rerum*)<sup>7</sup>.

La acusación de barbarie implica, aparte de la mera referencia lingüística, una cierta actitud espiritual delineada sobre la base de la lengua y cultura de la Roma imperial y potenciada con un matiz religioso nuevo procedente del cristianismo. La asimilación de las formas culturales latinas por parte de la Iglesia occidental medieval lleva fácilmente a considerar como sinónimos los apelativos de *bárbaro* y *pagano*, y la acusación de impiedad aparece frecuentemente formulada contra los dialécticos desde San Bernardo hasta Vives.

La Dialéctica que se enseña en París es trasportada materialmente a España con motivo de la fundación de la Universidad de Alcalá a comienzos del xvi. El plan de estudios de Alcalá está elaborado, por deseo expreso del fundador, «a imagen de la Universidad parisiense», y la Facultad de Artes específicamente sigue el modelo de París<sup>8</sup>. Maestros españoles, que habían profesado en París, asesoran al Cardenal Cisneros y algunos se incorporan al cuerpo docente como Miguel Pardo y Pedro Ciruelo. La imitación del modelo parisiense parecerá excesiva a Domingo de Soto, que unos años más tarde califica maliciosamente a la Universidad complutense como «la mona de París»<sup>9</sup>. Las doctrinas y métodos de la nueva Academia despiertan gran interés y atractivo entre maestros y estudiantes, hasta el punto que Salamanca ve vaciarse sus aulas y cátedras en dirección a Alcalá, porque, según informe del Claustro salmantino, «no había aquí quien leyese nominales». Salamanca decide inmediatamente establecer «cátedras de nominales de lógica, filosofía natural y teología»<sup>10</sup>. La decisión se concreta en enviar «ciertos hombres doctos a París para que con grandes salarios truxesen los más principales y famosos hombres que de los nominales hallasen» para Lógica, Filosofía y Teología nominalistas «por el modo y forma que en aquellos tiempos en la Universidad de París se leían»<sup>11</sup>. Uno de los maestros españoles que profesa en París y en misión especial es aquí buscado y contratado por los salmantinos es Juan Martínez Silíceo, que comienza a enseñar *Lógica Nominal* en Salamanca en torno a 1515<sup>12</sup>. El entusiasmo nominalista tanto en Alcalá como en Salamanca aparecía, sin embargo, en el momento crepuscular de la Dialéctica medieval y, prendido a flor de tierra, desaparecería en breve ante los ataques ilustrados de los gramáticos y retóricos renacentistas.

7 Leonardi Bruni Aretini, *Dialogus de tribus vatibus Florentinis*, ed. K. Wotke (Viena 1898) p. 16; 'Dialogi ad Petrum Histrum', en *Prosatori Latini del Quattrocento*, ed. E. Garin (Milán-Nápoles 1952) p. 58.

8 *Constitutiones*, 38. Archivo Histórico Nacional, L. 674, fol. 29v. Cf. J. de Urriza, *La preclara Facultad de Artes y Filosofía de Alcalá de Henares* (Madrid 1941) pp. 348 ss.

9 Domingo de Soto, *Prólogo* a la segunda edición de las *Summulae* (Salamanca 1543).

10 Libro 5º de Claustros del Archivo universitario salmantino, fols. 133v-134.

11 Cf. nota 4.

12 V. Muñoz Delgado, *La Lógica nominalista en la Universidad de Salamanca, 1500-30* (Madrid 1964) pp. 82-88.

Hernando Alonso de Herrera, primer maestro de Retórica y Gramática en Alcalá y posteriormente de Retórica en Salamanca, acomete prontamente con orgullo y conciencia de castellanidad la tarea restauradora de las *buenas artes* y la lucha contra las innovaciones modernas. Como muchos humanistas del Renacimiento que tienen una preocupación religiosa, Herrera identifica fácilmente *cultura liberal* y cristianismo con la tradición cultural latina, combinando en curiosa unidad la vieja idea imperial de civilización frente a barbarie, o romano frente a bárbaro, con la visión de la Iglesia romana como camino único de salvación. Una parte de la cultura cristiana había hallado de hecho su expresión en latín y había incorporado formas de vida, estructuras mentales e instituciones que acusaban el sello inconfundible de la Roma clásica. No es de extrañar, pues, que tanto desde el punto de vista lingüístico como cultural la lengua latina, en su más pura expresión clásica, sea considerada como vehículo y criterio regulador de la cultura presente. «Puesto que la lengua latina, afirma Herrera, es en estos tiempos madre y seminario de todas las facultades por las cuales nos encaminamos al cielo, se ha de procurar entre todo enseñarla fidelísimamente. Pues consta por experiencia que si ella muere, mueren también las facultades dignas del hombre libre y que éstas viven si aquella vive»<sup>13</sup>. Después del traslado a la cátedra de Retórica de Salamanca, Herrera escribe en 1517 un breve opúsculo con el título equívoco de *Disputa de ocho levadas contra Aristóteles y sus secuaces*. El escrito está dedicado a Cisneros, y en el prólogo el autor alaba la sabia decisión del Cardenal que le ha llevado a fundar el Estudio General de Alcalá, como remedio a los males presentes, después de haber visto que «la manera de aprender en nuestros tiempos algo va avieso, y que todos los libros de las artes liberales ... huelen a Berueria, desviándose notablemente de la fuente de su nacimiento, y que las vezes no lleuan sano entendimiento...»<sup>14</sup>. El remedio ejemplar está en la edición de la Biblia «en tres principales lenguas: latina, griega y hebrea» que hará posible beber «aguas pura y biuas de sancta theologia en sus primeros manantiales»<sup>15</sup>. La edición de la Biblia Políglota tiene sobre todo para Herrera el valor de unificación lingüística bajo la dirección del latín a manera de símbolo de unificación universal política y religiosa. La reciente campaña victoriosa dirigida contra Orán por el Cardenal da ocasión a Herrera para expresar el deseo de que el «cristianísimo prelado» lo haga «todo uno: vna ley, vna grey, vn pastor». Y así como el prelado ensalzó «la vanderá de Dios contra la gente non santa que sigue a Mahona», Herrera espera que «el que lenguas extrañas concilia con la latina, también reunira, como se va haziendo gentes barbaras a la yglesia romana»<sup>16</sup>.

13 Alonso de Herrera, *Proemium, Expositio Laurentii Vallensis, vel elegatia linguæ latinæ*, edita per Ferdinandum Alphonsum Herrariensem (Salamanca, s. a.), per Laurentium Leon de Deis.

14 Alonso de Herrera, *Disputa de ocho levadas contra Aristótil y sus secuaces*, p. 106. Utilizamos la edición de A. Bonilla San Martín, en *Revue Hispanique*, t. L (1920), 81-183.

15 *Op. cit.*, p. 108.

16 *Op. cit.*, p. 109.

El título de la obra y el *primer aucto* o capítulo inicial pueden inducir a pensar que se trata de una crítica de la teoría lingüística y Lógica aristotélicas, cuando en realidad Herrera lleva a cabo un ataque despiadado, y no exento de veneno, contra la dialéctica nominalista parisiense, justamente en nombre de Aristóteles. Herrera comparte la convicción humanista de que las artes liberales han perdido el aprecio y vigor del pasado y de que el presente está «pervertido en las letras de humanidad»<sup>17</sup>, estableciendo una contraposición entre «el saber antiguo, en todo y por todo aristotélico y platónico»<sup>18</sup> y el moderno introducido por la Lógica de la Escuela de París. Estos maestros modernos no enseñan verdaderamente Lógica ni ciencia alguna que merezca llamarse tal. Según el juicio de Herrera, «lo que menos oy hazen los maestros de Logica, es enseñar Logica. Jarretan los ingenios y estragan los entenderes, que ni en lo natural ni moral, ni en Mathematicas o Theologia seamos quales deuiamos ... lleuando el verdadero camino de las artes, y no el astroso ... Ya los artistas se han tornado canonistas, que, en lugar de razones, arrojan testos y no afinan hasta lo biuo la verdad con valança de razones infallibles. El dia de oy, tan corrupta y confusamente se enseña todo esto, que mayor trabajo es conocer lo verdadero que aprenderlo...»<sup>19</sup>.

Herrera acusa, certeramente, a los dialécticos modernos de desviarse de la Lógica de Aristóteles y de utilizar una lengua que «no es sino para el Escuela, y no para que el pueblo la entienda»<sup>20</sup>, señalando con ello una de las diferencias básicas en la estructura y función de la Dialéctica entre humanistas y escolásticos. La Dialéctica continúa siendo para Herrera una de las tres artes del trivio en dependencia mutua de la Gramática y la Retórica, y sus reglas teóricas han de conformarse consiguientemente al uso común de la lengua. La supuesta ignorancia de los dialécticos procede de que no tienen familiaridad con libros de Retórica y de pensar que es posible enseñar bien Lógica sin Retórica, al revés de lo que pensaban los antiguos<sup>21</sup>. La ordenación que sobre la lengua existente lleva a cabo la Gramática al reducir los verbos a conjugaciones, los nombres a declinaciones y las demás palabras a grupos determinados, constituye para Herrera el patrón a seguir en la Lógica, aplicado a la función específica de ésta de distinguir lo verdadero de lo falso.

Las palabras poseen para Herrera una conexión inevitable con las cosas, y la diferencia elaborada por los Escolásticos entre el valor significativo objetivo y el valor significativo contextual carece para él de sentido. Los maestros de París, afirma, han inventado esas teorías de la suposición, ampliación, apelación, «y otras endechas apócrifas, que mas se deuen cantar a estos perdidos que andan haziendo corillos, que a los verdaderos dialecticos»<sup>22</sup>.

17 *Op. cit.*, p. 133.

18 *Op. cit.*, p. 171.

19 *Op. cit.*, pp. 171 s.

20 *Op. cit.*, pp. 114 s., 171.

21 *Op. cit.*, p. 182.

22 *Op. cit.*, p. 179.

La distinción establecida por los dialécticos entre las proposiciones escritas, dichas y pensadas parece a Herrera un vano intento de «hazer nueuo cielo, nueuo mundo, nueuas manerillas de hablar fuera de razon y de los quizios de qualquier lenguaje»<sup>23</sup>. Las palabras pueden reducirse a arte, pero no así las proposiciones, que, según la interpretación realista proporcionada por Herrera, dependen de las cosas que significan y de las intenciones del sujeto parlante. En otras palabras, el valor significativo de las proposiciones tiene siempre un carácter cualitativo y no puede reducirse, como hacen los dialécticos, a elementos cuantitativos, de tipo numérico o simbólico.

El tratamiento cuantitativo de la lengua, usual en la Escuela dialéctica de París, es calificado por Herrera de locura y monstruosidad, y el maestro retórico reserva para su descripción todo el cortejo de monstruos de la mitología clásica, abogando entretanto, como había hecho Petrarca, por un Hércules forzudo que barra de la escena todas estas amenazas y peligros<sup>24</sup>.

El valor y función atribuidos a la lengua como instrumento expresivo al servicio de las cosas lleva asimismo a Vives a rechazar violentamente la Dialéctica escolástica como un juego de palabras vacío y por añadidura peligroso para la Moral y la Teología. A diferencia de Herrera, Vives ha recibido instrucción académica directa durante tres años de estudio (1509-1512) en el Colegio parisiense de Monteagudo, y si hemos de creer el testimonio de Erasmo<sup>25</sup>, era considerado como uno de los dialécticos más brillantes. Vives abandona París en 1512 y se establece en Los Países Bajos. En 1519 compone en Lovaina uno de los escritos más virulentos que jamás salieran de su pluma, con el título inequívoco *In Pseudodialecticos*, dirigido expresamente a sus maestros parisienses, particularmente los españoles.

El tema humanista de la barbarie escolástica adquiere en Vives matices nuevos que señalan con cierta precisión la orientación divergente de ambas teorías lingüísticas así como la diversidad de actitud mental. Vives muestra su sorpresa ante la extraña Gramática y la ausencia de ornato retórico del latín escolástico, pero ésta no es preocupación esencial al considerar la Dialéctica. La barbarie de los pseudodialecticos consiste fundamentalmente, Vives apunta con precisión, en que «se fabrican una lengua nueva que entienden ellos solos»<sup>26</sup>. Con ello se destruye una de las propiedades esenciales de la lengua, es decir, el servir de comunicación entre los hombres y de este modo hacer posible la sociedad y convivencia humanas<sup>27</sup>. Las artes de la lengua, piensa Vives, tratan de aquellas cosas que usan todos los hombres, y el dialéctico concretamente debe usar palabras y enunciados que sean entendidos por todo el que conozca la lengua que aquél habla, palabras latinas,

23 *Op. cit.*, idem.

24 *Op. cit.*, p. 180.

25 Erasmo, *Presentación a las Declamaciones Syllanae* de Vives, Mayans (Opera Ludovici Vives, Valencia 1782 ss.) II, p. 316.

26 *In Pseudodialecticos*, Mayans, III, p. 38.

27 Vives, *De causis corruptarum artium*, L. IV, c. I, Mayans, VI, pp. 152 s.

si el dialéctico dice expresarse en latín, griegas, si en griego. El caso presente parece singular, y Vives pregunta asombrado: «Decidme, por favor, de qué lengua es esta Dialéctica vuestra? Del francés? del español? del gótico? del vándalo?, pues ciertamente no es del latín»<sup>28</sup>.

Como ha afirmado Coseriu, Vives «quisiera asentar en el uso lingüístico no sólo la gramática, lo cual tiene su buen sentido, sino también la retórica y la dialéctica (lógica), y tiende a considerar estas dos disciplinas como ciencias del uso lingüístico en una determinada lengua histórica, lo que sólo con limitaciones puede aceptarse para la retórica, y de ningún modo para la dialéctica»<sup>29</sup>.

El uso común del pueblo determina, según Vives, la estructura total de la lengua y parece constituir el único objeto de estudio de las artes sermocinales. «Estas artes, afirma, son de la lengua que reciben del pueblo y éllas no la dan, puesto que primero fue la lengua latina y la griega y después se observaron en éllas fórmulas gramaticales, retóricas y dialécticas, y la lengua no se doblegó a éllas, sino que más bien éllas siguieron a la lengua y se acomodaron a élla»<sup>30</sup>.

El uso común cobra valor por medio del *consensus* colectivo, y así la lengua, como la moneda<sup>31</sup>, adquiere una forma pública, válida y aceptada por todos los miembros que integran la comunidad respectiva. «...antes que se inventara la Dialéctica, Vives asegura, existía lo que el dialéctico enseña y por eso mismo lo enseña, porque lo aprueba el *consensus* de los que hablan latín o griego»<sup>32</sup>. Tal habría sido la tarea ejemplar llevada a cabo por Aristóteles, que, según Vives, «no definió en toda su Dialéctica la más mínima regla que no estuviera de acuerdo con el sentido mismo de la lengua griega tal como la usaban los hombres instruidos, los niños, las mujeres, en una palabra, el pueblo entero»<sup>33</sup>.

La comprensión de la lengua como instrumento significativo de las cosas o como medio expresivo de la conciencia impide a Vives considerar la lengua como objeto autónomo de estudio en sí misma. «Tengan presente los estudiosos, advierte, que si no añaden nada a las lenguas, sólo han llegado a la puerta de las artes y están ante éllas, en el vestíbulo, y que no vale más saber latín y griego que francés y español, si se elimina el uso que puede provenir de las lenguas, y que no compensa el esfuerzo de aprender ninguna por sí misma, es decir, si no se busca otra cosa, pues se adquieren por una utilidad exterior solamente: penetrar en las bellezas dignas de admiración que están encerradas en las lenguas como en un tesoro»<sup>34</sup>.

La versión humanista de la dialéctica medieval ha gozado de una fortuna inusitadamente próspera a lo largo de la Edad Moderna. Neo-

28 *In Pseudodialecticos*, pp. 40-45.

29 E. Coseriu, *Tradición y novedad en la ciencia del lenguaje* (Madrid 1977) p. 80.

30 *In Pseudodialecticos*, p. 41.

31 Cf. Quintiliano, *Institutiones* I, 6, 1-3: *Sermo constat ratiōne vel vetusta, auctoritate, consuetudine... Consuetudo vero certissima loquendi magistra, utendumque plane sermone ut nummo, cui publica forma est.*

32 *Op. cit.*, p. 42.

33 *Op. cit.*, p. 53.

34 Vives, *De tradendis disciplinis*, L. IV, c. I, *Mayans*, VI, p. 345.

escolásticos españoles, con Melchor Cano a la cabeza, y reformadores protestantes alemanes la incorporan jubilosamente a sus movimientos respectivos de renovación intelectual y espiritual y se proponen desde el comienzo eliminar sistemáticamente de la enseñanza los supuestos juegos verbales y logomaquias sofisticadas de la tradición dialéctica, o, en la expresión más gráfica de Melanchton, «los carros de bagatelas» escolásticas<sup>35</sup>.

A fines del 16, el triunfo de la lógica humanista es un hecho consumado, y la dialéctica medieval, bajo el régimen llamado por Ortega «la dictadura de los gramáticos», se recoge en el silencio de los textos escritos. «El hecho es de sobra grotesco, añade Ortega, pero está ahí sin remedio, y 'ahí' quiere decir dentro de nosotros, los occidentales, que no hemos acabado todavía de digerir y, merced a ello, de eliminar nuestro abolengo humanístico, toxina aún operante en las entrañas de la vida europea»<sup>36</sup>.

La lógica humanista significa, en buena parte, un retorno a Aristóteles, pero tal parecía ser el camino seguro y asegurado en el estudio de la lengua y en la configuración del pensamiento. A manera de homenaje aristotélico muchos estudios de lógica del siglo XIX recogen el pasaje contenido en el prefacio a la segunda edición de la *Crítica de la razón pura* kantiana: «Que la lógica, afirma Kant, haya seguido este camino seguro desde los primeros tiempos puede verse en el hecho de que desde Aristóteles no ha dado un paso atrás, a no ser que quiera considerarse como mejoras la eliminación de algunas sutilezas innecesarias o una más clara exposición del contenido, lo cual ciertamente pertenece más bien a la elegancia que a la certeza de la ciencia. Es notable, además, concluye Kant, que hasta el presente no ha podido dar tampoco un paso adelante, y por lo tanto todo parece indicar que ha de considerarse concluida y perfecta».

Aristóteles es ciertamente el primer filósofo en invocar la lengua como instrumento de inquisición filosófica, estableciendo una conexión entre su ontología y las formas lingüísticas<sup>37</sup>. Las categorías aristotélicas reflejan un intento de diferenciar entre los varios significados de la cópula 'es' (ἐστίν), y la distinción entre cosas (πράγματα), *signos* (σημεία) y *sonidos* (φωναί)<sup>38</sup> es de alguna manera reconocible en las modernas disciplinas con el nombre de *pragmática*, *semántica* y *fonética*.

A diferencia de los estoicos, sin embargo, Aristóteles no considera la lengua como objeto de investigación autónoma y no distingue sistemáticamente entre cuestiones lingüísticas y cuestiones ontológicas. La conexión íntima entre palabras y cosas borra, por otra parte, la distinción básica entre las nociones de «existencia» y «predicación», y expresiones usuales como «predicado de», «dicho de» designan tanto la rela-

35 Philippus Melanchton, *Adversus furiosorum Parisiensium Theologastorum decretum Philippi Melanchtonis pro Luthero Apologia* (Melanchtoni Opera, Wittenberg 1562) t. II, p. 83.

36 J. Ortega y Gasset, *Aula Nueva* (Instituto de Humanidades, Madrid 1948) p. 3.

37 Cf. *An. pr.* A 37, 49 a 6 ss. *Top.* A 9, 103b, 20 ss.

38 *De Interpretatione*, 16 a 4-8.

ción lingüístico-semántica como la relación ontológica. La interpretación realista del significado de las palabras y la concepción de la lengua como lengua del ser o *Seinssprache* lleva a Aristóteles a establecer lo que podemos llamar «predicación ontológica»<sup>39</sup> y con ello a la afirmación sorprendente de que «unas cosas se predicán de otras»<sup>40</sup>. La reacción medieval ante esta doctrina respetable no se hace esperar demasiado. «Dicen, son palabras de Juan de Salisbury en 1159, que es una monstruosidad pensar que una cosa se predica de otra, aunque el autor de esta monstruosidad haya sido Aristóteles»<sup>41</sup>.

El redescubrimiento de la lógica formal a fines del xix lleva a su vez al redescubrimiento de la dialéctica medieval y con ello a una profunda revisión de la filosofía y lingüística poscartesianas. El estudio de la lengua cobra preponderancia capital en campos tradicionalmente considerados extraños o al menos marginales, y parece realizarse, si bien tardíamente, el sueño solitario de Leibniz de fundar la filosofía en el análisis lógico de la lengua, elaborando para ello una *característica universalis* o lengua simbólica ideal con reglas precisas de transformación y definición (*calculus ratiocinator* y *ars combinatoria*)<sup>42</sup>.

Justamente en un estudio sobre Leibniz publicado en 1900, B. Russel afirmaba que «es una verdad demasiado evidente tal vez, sin necesidad de demostración, el que toda sana filosofía ha de comenzar con un análisis de proposiciones»<sup>43</sup>. De manera aun más precisa, el discípulo y colaborador de Russel, L. Wittgenstein, concibe la filosofía sencillamente como una clarificación lógica de la lengua<sup>44</sup>, y no vacila en afirmar que todo lo escrito hasta ahora en cuestiones filosóficas no es ni verdadero ni falso, sino simplemente desatinado<sup>45</sup>.

Las nuevas perspectivas se originan y desarrollan en ámbitos diferentes y con relativa independencia mutua, pero todas ellas acusan un interés común en el estudio de la lengua y de la lógica. Fenomenólogos, filósofos analíticos, lógicos y lingüistas profesionales han contribuido así a las diversas teorías de la lengua y de los signos que se desarrollan en sucesión ininterrumpida desde comienzos de siglo y hacen de nuestra época la llamada «edad de los significados»<sup>46</sup>.

La fenomenología y la lógica matemática o simbólica han aportado innovaciones decisivas en el estudio de los signos y de las reglas que rigen los sistemas lingüísticos. En 1901, Husserl presenta en el volumen II

39 Cf. A. Graeser, 'On Language, Thought, and Reality in Ancient Greek Philosophy', *Dialectica*, 31, 3/4 (1977) 360 s. 372 s.

40 Cf. *An. pr.* 27, 43 a 25-43.

41 *Metalogicon*, II, 17.

42 *Die philosophischen Schriften von G. W. Leibniz*, ed. C. J. Gerhart (Berlín 1875-1890) vol. I, p. 57; v. 7, pp. 185-200.

43 *A critical exposition of the philosophy of Leibniz* (Cambridge 1900) p. 8 (2ª ed., London 1937).

44 'Logisch-philosophische Abhandlung', *Annalen der Naturphilosophie*, 14 (1921) 185-262; 4.119, 4, 4.001; 4.0031. (El texto alemán con traducción inglesa e introducción de B. Russel apareció después con el título *Tractatus logico-philosophicus* [London 1922]).

45 *Ibid.*, 4.1121.

46 M. White, *Toward Reunion in Philosophy* (New York 1963) p. 4.

de sus *Logische Untersuchungen* un análisis penetrante de las funciones semánticas y pragmáticas de los nombres. Por las mismas fechas comienza a difundirse una parte de los escritos del lógico matemático (además de muchas otras cosas) Charles Sanders Peirce, que tendrán posteriormente una influencia seminal. El desencanto con la tradición lógica humanista, y particularmente con la *Crítica de la razón pura* kantiana, induce a Peirce, según él mismo dice, a desempolvar los viejos folios de los doctores escolásticos y a intentar una revisión de lo que considera el mal estado de la lógica, enteramente inadecuado al nivel intelectual de la época<sup>47</sup>. Partiendo de la convicción básica de que los símbolos constituyen la trama de toda ciencia e investigación, Peirce considera erróneo afirmar simplemente que una buena lengua es *importante* para un buen pensamiento, pues en realidad es la esencia misma del pensamiento<sup>48</sup>.

La lógica es para Peirce la doctrina formal de los signos, o en vocablo sinónimo, *semiótica*, y se ramifica en tres direcciones fácilmente identificables: gramática, lógica y retórica. Peirce añade a la primera y a la última el calificativo de *puras*<sup>49</sup>.

Una tercera dirección se inicia en los estudios de F. de Saussure, que analiza la lengua como un mensaje cifrado transmitido de un emisor a un receptor y considera la lingüística como parte de una teoría general de los signos o *semiología*<sup>50</sup>. Saussure introduce el método sincrónico en lingüística y con anterioridad a Wittgenstein compara la lengua a un juego de ajedrez, insistiendo en que el valor de un signo lingüístico está definido por su relación a todos los demás signos que pertenecen al mismo sistema.

La teoría de los signos de Saussure ha sido desarrollada especialmente por L. Hjelmslev, cuya «glosemática» se esfuerza en formular algebraicamente las dos estructuras paralelas de expresión y contenido de los signos lingüísticos. La escuela americana por su parte (Harris, Chomsky), bajo la influencia de L. Bloomfield, ha hecho notable progreso en la descripción puramente formal de la estructura lingüística.

La perspectiva más iluminadora hacia una comprensión de la dialéctica medieval está dada posiblemente en el sistema especial de semántica establecido inicialmente por St. Lesniewski y elaborado después por su discípulo Tarski. Sobre la base de la distinción entre lengua y metalengua, A. Tarski, el primero en formular una definición no-contradictoria del concepto de verdad, establece un paralelo entre proposiciones o enunciados que versan sobre cosas y proposiciones que se refieren

47 'Lowell Lectures of 1903', Lecture III, en *Collected Papers of Charles Sanders Peirce*, eds. Charles Hartshorne and Paul Weiss (Cambridge Mass, 1960) vols. I and II 1.15-18 (pp 3-5) y *Preface*, 1.4 y 5 (p. IX).

48 *Ibid.*, 2.220 (p 129).

49 *Ibid.*, 2.227-29 (pp. 134 s.).

50 Las teorías de Saussure se difunden por medio de sus clases en la Universidad de Ginebra en los cursos de 1906, 1908 y 1910, y se publican póstumamente en el *Cours de linguistique générale* (Lausanne-Paris 1916).

a proposiciones. Tarski utiliza un sistema semántico de dos niveles, con signos que designan la realidad y signos que designan signos, excluyendo las designaciones de significado.

La distinción entre dos niveles lingüísticos básicos constituye el núcleo central de la dialéctica medieval, elaborada con el propósito de hacer de la lengua un objeto autónomo de conocimiento científico, en divergencia consciente con la tradición lógica aristotélica. Si bien los vocablos específicos varían desde la *Dialéctica* de Abelardo hasta los maestros españoles del xvi, la dialéctica medieval constituye una doctrina unitaria, concebida y elaborada como la formulación en un metalenguaje o lenguaje sintaxis de la estructura lógica del latín escolástico en su uso exacto o científico.

GABRIEL GONZALEZ